

se exponia á los mayores riesgos con una intrepidez de que no hay exemplo aun entre los romanos: nada temia, persuadido á que no podia morir sino en el momento y parage señalado por los decretos eternos, y que si moria peleando por su religion, seria mártir, y pasaria para siempre al seno de la felicidad y de los de'eytes. Qué conquistas no pueden hacerse con exércitos en que cada oficial, cada soldado, se halla alentado con semejantes esfuerzos? Todo es humano, ó por mejor decir, todo violento y atroz en este medio de establecer una religion; y quando el mahometismo no tuviera otras señales de falsedad, esta bastaria para demostrar que sobre todo es obra de la impostura, de la ambicion y de la fuerza. Un legislador que désola la tierra, y sacrifica ó encadena á todos aquellos que no puede hacer prosélitos, no puede ser el enviado del cielo, y el ministro de Dios. Quando Dios se comunica á los hombres, se comunica siempre por medios que tienen las señales sensibles de su poder y bondad. De este modo ha sido la revelacion de Moyses, y la de Jesu-christo, en que se han visto precisados á convenir por sí mismos los incrédulos.

ARTICULO VII.

Autores eclesiásticos.

No hemos hecho mas que nombrar á san Columbano entre los santos personages que dieron edificacion en la Iglesia, al tiempo que san Gregorio el Grande la gobernaba, reservándonos darle á conocer mas particularmente en este artículo. Ponémosle el primero de los escritores eclesiásticos de este siglo, porque sus poesías, aunque muy medianas, y sus tratados de piedad, aunque de un estilo incorrecto y duro, se cuentan entre los monumentos literarios de su tiempo, prueba en que se conoce muy bien el mal gusto, y la esterilidad con que se distinguen aquellos malos tiempos. Pero aunque el talento de escribir con pureza, faltaba á san Columbano, reparaba sin embargo esta falta con las virtudes eminentes que le han hecho célebre. En lugar de este mérito, de que no se conoció la idea en el siglo bárbaro en que vivió, poseia otro mas sólido y mas precioso, el de conducir á los demas á

la mas alta perfeccion con su misma santidad. Este santo hombre, que nació en Irlanda cerca del año 540, dexó la casa de su padre, y renunció al mundo desde que conoció sus peligros.

Púsose luego baxo la conducta de un virtuoso solitario, quien le enseñó á dar los primeros pasos en el camino de Dios. Presentóse despues en el monasterio de Banchor, el mas célebre de Irlanda, en donde fué recibido, y se exercitó algunos años en una vida muy austera. Despues de cierto tiempo se sintió inspirado de pasar á las Gaulas con algunos compañeros, para trabajar allí por la conversion de las almas, y lo hizo con tanta felicidad, que habiendo llegado su reputacion á la Borgoña, le suplicó el rey Gontrano que pasase á sus estados, y eligiese en ellos el parage que quisiese para quedarse allí. El santo prefirió el desierto de Vosges, y construyó un monasterio sobre las ruinas de un castillo antiguo que halló en medio de unas rocas, en un sitio nombrado entónçes Anagrates, y ahora Anagray. Habiéndose aumentado considerablemente el número de discípulos que se atraxo con la fama de sus milagros y santidad, edificó otro monasterio á tres leguas del primero en un parage llamado Luxeu, y luego despues otro que llamaron Fontaynes, por sus manantiales de agua viva que allí se hallaban en abundancia. Cada uno de estos monasterios estaba gobernado por un superior elegido por san Columbano, el qual los visitaba á todos. La regla que instituyó, y que aun tenemos, fué la única que se siguió mucho tiempo en las Gaulas, antes que la de san Benito se extendiese por ellas, poco antes de llegar, como sucedió despues, á ser la ley universal de los monges de Occidente. Esta regla de san Columbano es mas breve que la del fundador de Monte-Casino. Los artículos principales sobre que insiste mas, són la pobreza, la obediencia, la humildad, la castidad, el silencio y la mortificacion interior y exterior. San Columbano juntaba á su regla un penitencial, esto es, una especie de código penal para corregir las faltas cometidas por los monges. Los castigos que prescribe, son la disciplina, ayunos extraordinarios, y un silencio mas riguroso que el de la regla. San Columbano seguia el uso de su patria en la celebracion de la pascua, que era el 14 de la luna de Marzo, quando este dia caia en domingo; con cuyo motivo

fué reprehendido por los obispos que tuvieron un concilio sobre el mismo asunto; y aunque él estuviese lleno de un gran respeto hácia los primeros pastores de la Iglesia, no quiso someterse sino á la autoridad de la santa silla, y escribió á este fin una carta á san Gregorio el Grande, y otra á Bonifacio IV., tercer sucesor de este pontífice. En ellas expone sus razones con mucha fortaleza y libertad; y por ellas se ve que tenia conocimiento de la antigüedad eclesiástica; y que estaba instruido en la contestación que se habia suscitado sobre este punto de disciplina en el siglo segundo, entre las iglesias de Asia y la de Roma. El santo fundador se hallaba metido en otro error de hecho, tocante al negocio de los tres capítulos, y el concilio V. en que se habia decidido. Su carta al papa Bonifacio IV. tiene en muchas partes la señal de esta preocupación que le era comun con una gran parte del Occidente. Sin embargo de la reputacion de santidad de que gozaba universalmente, se hizo sospechoso á Teodorico, rey de Borgoña, el qual le desterró á persuasion de la Reyna Brunquilda, que temia el efecto de sus advertencias y consejos sobre el corazón de su nieto; cuyos desórdenes reprehendia libremente. Por esta persecucion se vió precisado san Columbano á pasar muchos años una vida errante y penosa, pero siempre útil á todos los países por donde pasaba. Sus exhortaciones, sus virtudes y sus milagros producian en todas partes los mas grandes frutos desde la Francia Occidental, en donde reynaba Clotario II. hasta Italia, en donde Agilulfo ocupaba el trono de los lombardos. Al cabo se fixó en una soledad del Apennino, en donde fundó el monasterio de Bobio, que después fué célebre; y en él murió en 615, de edad de 75 años. Su sepulcro fué mucho tiempo objeto de veneracion y de piedad, por el gran número de curaciones milagrosas que Dios obró en él.

Juan, de sobrenombre Mosch, monge de Palestina, contemporáneo y amigo de san Sofronio de Jerusalem, y de Juan el Limosnero, patriarca de Alexandria, es uno de los escritores más nombrados de este siglo. La obra á que debió su reputacion, y que intituló *Prado espiritual*, es una colección de jaculatorias, de sentencias y de anécdotas edificantes, que habia juntado en los diferentes viajes que habia hecho, para estudiar las virtudes y cos-

tumbres de los mas ilustres solitarios del Oriente. Se compone de doscientos y diez y nueve capítulos, divididos según el orden de las materias, y está escrito con un estilo sencillo y sin cuidado; pero su narracion aficiona y aplice por el agrado y la ingenuidad, que la hacen útil, aunque los hechos que refiere no esten siempre fundados en las reglas de la crítica. Y no constando estas ligeras faltas, el *Prado espiritual* es una obra verdaderamente preciosa, por un gran número de pasages con que abastece á los teólogos en favor de los principales dogmas de la fe, y particularmente de la Eucaristía. Tambien se hallan en ella muchas descripciones relativas á la antigua disciplina de la Iglesia, que no son ménos importantes á los que desean conocer el espíritu y los usos de la antigüedad eclesiástica. Juan Mosch murió en 659.

Otro monge de Palestina, llamado Antíoco, y que servia á Dios en la Laura de san Sabas, dexó un compendio de todas las santas escrituras reducidas á treinta capítulos, cuya obra emprendió á ruegos de un santo abad, llamado Eustatio, que se habia visto en la precision de abandonar su monasterio con todos sus discípulos, por no caer en manos de los persas que assolaban el país, hácia el año 620 quando imperaba Eraclio. Como estos piadosos se vieron en la necesidad de pasar una vida errante sin libros, y casi sin otros auxilios espirituales, desearon tener una obra breve y portátil, que comprehendiese en un solo volumen todo lo mas esencial que contienen los libros sagrados para el pasto de las almas, y su adelantamiento en el camino de la salvacion: y este fué el fin que se propuso Antíoco en el extracto metódico de las santas escrituras que hizo para ellos. Al principio de esta obra pone una relacion interesante del martirio de quarenta y quatro monjes de la Laura de san Sabas, á quien algun tiempo antes habian sacrificado los árabes; y al fin de esta compilacion una oracion larga y devota, dirigida á aplacar la cólera de Dios, y obtener la recuperación de los santos Lugares, de que se habian apoderado los mahometanos.

San Máximo nació en Constantinopla de una familia ilustre, y criado en el estudio de las ciencias y de las letras, se distinguió desde su juventud por el esplendor de su ingenio y la variedad de sus conocimientos. El emperador Eraclio que sabia honrar á veces el mérito y los talentos,

le tuvo en calidad de primer ministro, y le consultaba en los negocios delicados, viendo muchas veces que sus consejos eran acertados y sin interés. Máximo, disgustado del mundo por ser muy virtuoso para la corte, se retiró al monasterio de Crisópolis cerca de Calcedonia, en donde se exercitó algunos años en una vida muy austera, durante la qual le eligieron por abad los solitarios que habitaban aquel retiro, mirándole todos como á maestro suyo en la ciencia de la salvacion; pues hablaba de las cosas espirituales con tanta eloqüencia como facilidad, por el mucho uso que habia hecho de la Escritura y de los padres. Sus exhortaciones iban acompañadas de la devocion que nace del corazón, sin desviarse jamas del fin, fruto de una meditacion profunda y de un amor sincero á la verdad, el qual dió bien á conocer quando vió la fe católica acometida por el monotelismo. Esta nueva doctrina favorecida por el príncipe, y sostenida con todo el artificio que el ingenio y la sutileza pueden aplicar al error, hacia tantos progresos, y causaba tantas turbaciones, que inquietado por otra parte san Máximo en la soledad con las continuas correrías de los persas y de los árabes, tomó el partido de refugiarse en el Occidente, por no ver tan cerca de sí los males de la Iglesia y la desolacion de su patria. Detúvose en Africa, en donde halló al patriarca Pirro, que aunque monotelita, se habia visto por el manejo de la corte precisado á dexar la silla de Constantinopla. Tuvo con este prelado una conferencia pública acerca de la cuestión de las dos voluntades y de las dos operaciones; y le convenció con la evidencia de los textos y con la fuerza de los discursos que sacó de ellos, por lo que le obligó á confesar por sí mismo. Desengañado Pirro abjuró su error y acompañó á san Máximo á Roma, para renovar allí su retractacion en presencia del soberano pontífice, cabeza de la unidad católica. ¡Dichoso Pirro si hubiera perseverado en estos buenos pensamientos, y si despues de restablecido en la silla de Constantinopla no hubiera cedido de nuevo á las influencias de la corte! Esta conducta de san Máximo desagradó al emperador, que era Constante II., y ocupaba el trono de los Césares, príncipe mas favorable al monotelismo, y mas declarado contra los defensores de la fe, que ninguno de sus predecesores, aunque afectaba la indiferencia. Habiendo sido de su orden sacado de Roma san Máximo, condució

á Constantinopla, y metido en prision, arrastrado á un destierro y vuelto á traer á la capital, le sujetaron á muchos interrogatorios, le condenaron á azotes, á cortarle la lengua y la mano, y á pasearle ignominiosamente en este estado por toda la ciudad; y últimamente le volvieron á desterrar á un pais bárbaro, falto de todo, en donde acabó este largo martirio con una muerte gloriosa el 13 de Agosto del año 662. Dexó este generoso defensor de la verdad muchas obras sobre todas las partes del dogma católico, y sobre todos los objetos de la moral christiana, escritas con un estilo duro, desairado, difuso y obscuro, por entregarse casi siempre á las alegorías, á las interpretaciones místicas, confundiendo necesariamente muchas ideas arbitrarias y de ordinario forzadas. Sin embargo, es muy útil lo que escribió acerca del orden de la liturgia griega en su mistagogia, en la qual pone la explicacion de todas las ceremonias de la misa por menor, aunque con el mismo mal gusto: pues vemos que los griegos modernos practican todavía los mismos ritos que se practicaban en su iglesia en el siglo séptimo, con lo que se prueba fuertemente la antigüedad de la fe romana en orden á la existencia del sacrificio incruento, y la presencia real del cuerpo de Jesu-christo que se ofrece en él á Dios por los vivos y los muertos.

San Isidoro era hermano de san Leandro, cuyo zelo por la fe hemos dado á conocer quando hemos hablado de la conversion de Recaredo. Sucedió á su hermano en la silla de Sevilla en 597, y gobernó esta iglesia al pie de quarenta años, en cuyo tiempo no cesó de edificar á su pueblo con su exemplo, ni de ilustrarle con sus instrucciones. Su zelo era incansable, su caridad sin límite, y sus limosnas inmensas. Fué la lumbrera de España, y el alma de los concilios. Su muerte que sucedió en 636 fué digna de una vida tan llena de buenas obras. Dexó muchos escritos, de los quales algunos son en parte extractos y compilaciones de los antiguos: manifesta en ellos mucha erudicion, así profana como sagrada; pero poco gusto en la eleccion de los trozos que junta, y en el uso que hace de ellos. El mas importante de sus tratados es el de los oficios eclesiásticos, y el de la misa morzárabe por los conocimientos que ponen de la liturgia antigua, y diferentes puntos de disciplina. En él se ve que

todas las horas y todas las partes del oficio divino, eran entónces lo que son aun hoy. La liturgia mozárabe expone las diferentes partes de la misa del modo que ésta se celebraba en las iglesias de España en tiempo de san Isidoro, y tambien ántes de él. Está dividida en dos partes principales, como las demas liturgias mas antiguas que conocemos. La primera parte es la misa de los catecúmenos, desde el íntroito hasta el ofertorio: la segunda, desde el ofertorio hasta el fin, y esta es la misa de los fieles. Comprehede algunas ceremonias particulares, quales son la recitacion del símbolo de Constantinopla, durante la consagracion, la advocacion y la fraccion de la hostia; la division de la hostia consagrada en nueve partes, colocadas en forma de cruz sobre la patena; la bendicion al pueblo ántes de consumir las especies, y la conmemoracion de los difuntos que se hace al mismo tiempo; lo demas se refiere bastante á lo que se practicaba en Roma y en otras iglesias. Se nota tambien en esta preciosa obra que el uso universal era recibir la Eucaristia en ayunas, ofrecer el sacrificio por los muertos, y comulgar con frecuencia, á no haberse merecido los exercicios de la penitencia pública ó secreta.

San Isidoro tambien habia emprendido otras obras que dexó imperfectas, por exemplo, un tratado de los autores eclesiásticos, continuado por san Ildefonso, que murió obispo de Toledo en 667, y veinte libros sobre los orígenes ó etimologias de las ciencias profanas que continuó Braulio, obispo de Zaragoza, á cuyos ruegos lo habia comenzado Isidoro. En ellos recorre todas las ciencias y las artes liberales, desde la gramática hasta la geometria, y á cada cosa da unas cortas definiciones con etimologias algunas veces inexáctas; pero sirven para fixar el verdadero sentido de un gran número de palabras griegas y latinas, cuya propiedad no estaba aun totalmente ignorada. Tambien habia escrito una regla monástica para el uso de los religiosos que vivian en el monasterio de Honori, la qual tiene mucha relacion con la de san Benito, y puede servirle de comentario en diferentes puntos. Lo mas digno de notarse en ella es el prescribir á los monjes seis horas de trabajo, y tres de lectura cada día (a).

(a) Los escritos y sentencias de san Isidoro son de tanta autoridad en

San Teodoro, monge griego del monasterio de Tarsis, fué ordenado de obispo en 668, y enviado á Inglaterra por el papa Vitaliano para gobernar la iglesia de Cantorberi. Despues que llegó al lugar de su mision, trabajó con gran felicidad en el restablecimiento de la disciplina entre los clérigos y los monges. A este fin se sirvió con fruto de los conocimientos que habia adquirido en su patria tocante á los usos de la iglesia griega, agregándoles lo que habia visto practicar en Roma, y en las otras iglesias del Occidente. Esto fué lo que dió principio á su penitencial monumento precioso, si bien no ha llegado á nosotros en toda su integridad, por los aditamentos y mutaciones que en adelante hicieron muchas manos ajenas. Pero, tal qual le poseemos, es muy fácil para darnos á conocer la disciplina que se observaba entónces entre los griegos y los latinos. La qual estaba contenida compendiosamente en los veinte y seis artículos, que se miran como ciertamente propios de este santo obispo. Entre otras cosas notables se lee en ellos, que la comunión de todos los domingos estaba prescrita á los fieles, de suerte, que los que se abstendian de ella tres veces seguidas, quedaban excluidos de la celebracion de los santos misterios, y se hacian oblacones por los muertos acompañadas de ayunos.

Acabaremos este artículo con la noticia de dos compiladores, cuyos trabajos emprendidos para utilidad de su siglo, son tambien muy favorables á los que desean instruirse en la disciplina y usos de aquellos tiempos remotos. El primero fué Cresconio, obispo africano, cuya silla se ignora, y vivia en el año 695, autor de una coleccion de cánones, dividida en dos partes: primera, que contiene la idea sumaria de principios canónicos, segun el órden de las materias con la citacion de los cánones relativos á cada título, y la segunda que presenta el texto mismo de los cánones en toda su extension. Esta co-

la Iglesia, que Leon IV. determinó que en los casos extraordinarios, que no se puedan resolver, segun lo establecido en los cánones, se esté al sentir de san Isidoro, como al de Gerónimo y Agustino. (Florez clave hist.) Y el concilio octavo de Toledo en el cap. II. dice: *Nostri quoque sæculi doctor egregius, Ecclesie catholicae novissimum decus, præcænitibus ætate postremis, doctrinæ comparatione non infimus, & quod magis est, in sæculorum fine doctissimus, atque cum reverentia nominandus Isidorus.*

leccion, que es la mas amplia y la mas metódica que se ha publicado en Occidente, se conoce por el nombre de *concordancias de cánones*.

El segundo compilador, de quien vamos á hablar, es Marculfo, monge frances, que vivia al fin del séptimo siglo. Su coleccion de fórmulas es muy útil para tomar conocimiento de la Jurisprudencia antigua de los franceses, de la forma de los juicios, y del estilo usado en las actas públicas y contratos civiles en la primera estirpe de reyes. Esta coleccion tambien está dividida en dos partes: la primera contiene los modelos ó protocolos de los decretos emanados de la autoridad real, designados con la denominacion general de *præceptiones regales*: la segunda tiene por objeto los autos hechos entre particulares, que llamaban *charta pagenses*, cuyas fórmulas presenta tambien. Marculfo añadió á su coleccion muchos modelos de autos á su modo, para que se usasen en los casos en que el uso no podia servir de direccion. Lo que hace apreciable esta compilacion, es el hallarse en ella el origen de las costumbres antiguas de Francia, las relaciones de sus primeras formas judiciales, y las leyes sálicas, germánicas, saxonas, bavaras, &c. Origen de que se pueden sacar grandes luces acerca de las antigüedades eclesiásticas de Francia: pues en ella se aprende á distinguir los verdaderos caracteres de las cartas y otros monumentos útiles á las iglesias y monasterios en tiempo de los reyes morovingianos (a).

(a) Los tres célebres arzobispos de Toledo san Eugenio, san Ildefonso, san Julian y demas que siguen, así por su santidad como por su literatura, deben tambien colocarse entre los ilustres personajes y escritores de este siglo. San Eugenio III., discípulo de Eladio, presidió varios concilios en tiempo de Recesuinto, que le hizo arzobispo contra su voluntad. Reformó los cánticos de la Iglesia de Toledo, y todo lo perteneciente al sagrado culto: estaba muy versado en las santas escrituras, y escribió un libro de la santísima Trinidad, en el qual compiten la claridad y hermosura del estilo, segun dice san Ildefonso, como tambien su excelente doctrina contra la heregia de Arrio. Asimismo compuso otras dos obras en verso y prosa con algunos aditamentos al *Exameron* ó creacion del mundo de Draconcio, cuya obra ha mejorado; descubriendo en todas mucho ingenio y algun gusto, respecto al siglo en que vivia. Falleció á 13 de Noviembre de 657, y está enterrado en la iglesia de santa Leocadia. *Morales, Mariana, Florez, Nicolás Antonio, &c.*

San Ildefonso, natural de Toledo, fué un doctor y prelado exemplarísimo, y contra los hereges Pelagio y Elvidio el mas acérrimo defensor de la virginidad de nuestra señora, que le premió con la milagrosa casulla que le vistió con sus sacratísimas manos, cuyo prodigio ce-

ARTICULO VIII.

Costumbres generales, usos, disciplina.

Las costumbres tienen una relacion general en cada siglo con el estado actual de las naciones; y esta con-

tebra hoy la iglesia de Toledo á 24 de Enero con el título de la Descension de nuestra Señora. En la irrupcion de los moros se trasladó esta milagrosa casulla á la catedral de Oviedo, en donde se venera con las demas reliquias que se hallan en la cámara santa; cuyo milagro celebró despues Don Alonso el Sabio en un cantar en lengua gallega en verso de ocho sílabas con intercalares. Hizo san Ildefonso sus primeros estudios en Sevilla, donde se señaló por su penetracion y virtud. Vuelto á Toledo, se entró monge en el célebre monasterio Agallense, en donde fué abad por muerte de Deodato. Muertos sus padres fundó con su herencia el monasterio de Monjas, llamado Devienze, dotándolo de todo lo necesario. Se halló y firmó en el concilio XI. de Toledo, y escribió varias obras que dividió en tres tomos: el primero contiene el libro intitulado *la Protopopeya* ó representacion de su propia flaqueza: el libro *De Virginitate Mariae*, impreso en Valencia en 1556 en octavo, una obra pequeña de las propiedades de las tres divinas personas en la santísima Trinidad, con otro libro del bautismo y del camino del desierto espiritual. El segundo comprende cartas con las respuestas de los varones insignes á quienes escribia: el tercero se compone de misas, himnos, hamillas, con otro libro en prosa y verso, donde hay epitafios y muchos epigramas. Finalmente continuó dos obras de su maestro san Isidoro, la crónica de los reyes godos desde Chintila hasta Recesuinto, y el libro de los claros Varones. Su doctrina era sólida y católica, y por esto la llaman algunos áncora de la fe, y por su elegancia y estilo boca de oro, como todo se puede ver con mas individualidad en Morales y en san Julian y Cixila, arzobispos de Toledo, que escribieron la vida de este santo y sábio prelado. Murió á 23 de Enero de 669, y fué sepultado en la iglesia de santa Leocadia, y despues trasladado á Zamora.

San Julian, arzobispo de Toledo, fué dotado de singular ingenio y muy versado en la sagrada Escritura, filosofia y latinidad, y en esta última excedia á todos los de su tiempo, como se reconoce por sus obras que fueron varias, de que se conservan tres libros que intituló Pronóstico del siglo venidero. En el primero trata del origen de la muerte: en el segundo del estado de las almas antes que resuciten con sus cuerpos, y en el tercero de la resurreccion de los cuerpos en el día del juicio, y estan dedicados á Idalio, obispo de Barcelona, á cuyo ruego los escribió, y se imprimieron en Paris en el año de 1554: dirigió tambien á este obispo otro libro de las respuestas en defensa de los cánones de los concilios y de las leyes, en el qual se prohibe que ningun judío pueda tener esclavo christiano: hay otro dirigido al abad Adriano de los remedios de la blasfemia, y otra obra al rey Ervigio de la *sexta edad* contra los judíos, impresa en Alemania en el año 1532, aunque con la equivocacion y falso nombre de Juliano Pomerio; mas del prólogo se evidencia que fué escrita por san Julian: un libro de los divinos juicios, otro de la inmunidad de la Iglesia, otras dos obras de mucha erudicion y doctrina que en Roma fueron muy celebradas, y aunque escritas á nombre y voz de la Iglesia de España, es cierto fueron dictadas por san Julian: un apologetico ó defensorio de la fe en